

te; la Cruz es nuestra bandera, y bajo esta señal conquistaremos," hizo atravesar á sus soldados por el indefenso paso, y en pocos momentos se vieron hollando el suelo de la libre república de Tlaxcalan.¹

1 Camargo. Hist. de Tlaxcalan, MS. Gomara, Crónica, cap. 44, 45. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., 83. Herrera, Hist. general, Dec. 2, lib. 6, cap. 3. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 2. Pedro Mártir: de Orbe Novo, Dec. 5, cap. 1.

CAPITULO II.

República de Tlaxcalan.—Sus instituciones.—Su historia antigua.—
Discusiones en el senado.—Sangrientas batallas.

(1519.)

Antes de que penetremos con los españoles en el territorio de Tlaxcalan, será conveniente dar alguna idea del carácter á instituciones de aquella nacion, bajo ciertos aspectos la mas notable de Anáhuac. Los tlaxcaltecas, descendian de la misma raza que los mexicanos:¹ vinieron al país que ocupaban,

1 El cronista indio, Camargo, considera á esta nacion como una rama de la chichimeca (Hist. de Tlaxcalan, MS.) Véase tambien á Torquemada, Monarq. Ind., lib. 3, cap. 9. Clavijero, que ha estudiado cuidadosamente las antigüedades de Anáhuac, la llama una de las siete naciones Nahuatlacas (Hist. de Méx., tomo 1, pág. 53, notas.) La cuestion no importa mucho, puesto que todas estas naciones eran de la misma familia, hablaban la misma lengua, y probablemente emigraron al mismo tiempo del país que habitaban allá en el Norte.

casi al mismo tiempo que las otras tribus congéneres, es decir, á fines del siglo XII, y se habia establecido á la orilla occidental del lago de Tetzoco. Allí permanecieron muchos años ocupados en empresas propias de un pueblo atrevido é imperfectamente civilizado. Sea por el motivo que fuere, incurrieron en la enemistad de las tribus inmediatas: se formó contra ellos una coalicion; y le dieron una terrible batalla en Poyauhtlan, donde los tlaxcaltecas quedaron completamente victoriosos.

No obstante esto, disgustados de habitar entre pueblos que les aborrecian, resolvieron los tlaxcaltecas emigrar, distribuyéndose en tres divisiones, de las cuales la mas numerosa, emprendiendo su camino hácia el Sur por el gran volcan de México, y despues de rodear por la antigua ciudad de Cholula, asentó en la tierra situada al pié de la sierra de Tlaxcalan. Los abrigados y fructíferos valles encerrados entre aquella escabrosa cadena de montañas, ofrecian los recursos necesarios para subsistir, á aquel pueblo agrícola; mientras que por otra parte, las escarpadas eminencias de la sierra defendian sus ciudades.

Con el trascurso de los años sufrieron un cambio importante las instituciones de aquel pueblo: la monarquía fué dividida primero en otros dos y en seguida en otros cuatro Estados separados, unidos por un pacto federativo, probablemente no muy perfecta-

mente arreglado. Sin embargo, cada Estado estaba gobernado por un gefe enteramente independiente de los otros en lo que concernia al régimen interior de su Estado; pero que en los que tocaba á toda la república, procedia de acuerdo con los otros tres. Los negocios de Estado, principalmente los tocantes á la paz y la guerra, se arreglaban por un senado compuesto de los cuatro Señores y de los nobles principales.

Los dignatarios de un órden inferior, dependian de los principales, por cierta especie de feudo, que se reducía á la mantencion de estos, á ayudarles á conservar la paz interior y á auxiliarles en el caso de guerra.¹ En cambio de esto, recibian proteccion y ayuda de su señor. Iguales obligaciones recíprocas existian entre esos gefes secundarios y los subalternos que gobernaban los territorios.² Así es co-

1 Los descendientes de estos noblecillos daban tanta importancia á su prosapia, como pudiera un vizcaino ó un asturiano: mucho tiempo despues de la conquista, á pesar de estar menesterosos, se rehusaron á ocuparse en lo que llamaban *oficios viles y bajos*. «Los descendientes de estos son estimados por hombres calificados, que aunque sean pobrísimos, no usaban oficios mecánicos, ni tratos viles y bajos, ni jamás se permiten cargar ni cavar con coas y azadones, diciendo que son hijos hidalgos y que no han de aplicarse á estas cosas soeces y bajas, sino servir en guerras y fronteras como hidalgos y morir como hombres, peleando.» Camargo, op. cit.

2 «Cualquier Tecuhtli que formaba un Tecalli que es casa de Mayorazgo, todas aquellas tierras que le caian en suerte de repartimiento, con montes, fuentes, rios ó lagunas, tomase para la casa principal la mayor y mejor suerte ó pagos de tierra, y luego las demas que quedaban se repartian por sus soldados, amigos y parientes, igualmente y todos estos están obligados á reconocer la casa mayor

mo se formaba aquella cadena de feudos, la cual aunque no tenia todo el arte y perfeccion que otras instituciones de la misma clase, tienen en el antiguo mundo, sí tenia los caracteres propios de una confederacion, en lo que mira á las relaciones personales: la obligacion de servir en una guerra por una parte, y de exigir proteccion por la otra. Esa forma de gobierno, tan diversa de la de las naciones circunvecinas, permaneció en su sér, hasta la llegada de los españoles; y ciertamente, que el hecho de haber durado por tanto tiempo siendo tan compleja, sin ser perturbada por la violencia ó las facciones de los Estados confederados, y con todo el poder bastante á mantener los derechos del pueblo y la independenciam de la nacion, prueba una cultura considerable.

Sin embargo, parece que las clases inferiores no tenian mas inmunidades de las que pudieran bajo un gobierno monárquico, pues que la distincion de las clases era rigurosa, haciendo vestir á cada uno, segun la que le correspondia, y estando prohibido á los plebeyos usar ninguna de las insignias de las clases aristócratas.¹

y acudir á ella á alzarla ó repararla y á ser continuos en reconocer á ella de aves, caza, flores y ramos para el sustento de la casa del Mayorazgo, y el que lo es está obligado á sustentarlos y regalarlos como amigos de aquella casa y parientes de ella.» Ibid.

¹ Camargo, Ibid.

La nacion, aunque agrícola, habia reservado los mas altos honores, como tantas otras naciones incultas y aun desgraciadamente como tambien algunas civilizadas, á los héroes militares. Habia instituidos juegos públicos y decretados premios para los que sobresalieran en esos ejercicios varoniles y atléticos que preparan para la guerra. Los triunfos de los generales eran recompensados liberalmente: entraban á las ciudades trayendo en larga procesion sus cautivos y despojos: sus proezas eran celebradas en himnos nacionales, y sus efigies, ya de madera, ya de piedra, eran erigidas en los templos. Respiraban, en verdad, todo el espíritu marcial de Roma republicana.¹

Habia una costumbre propia de la caballería errante, y muy parecida á otra que se usaba entre los aztecas: el que aspiraba á los honores de aquella caballería bárbarica, debia velar sus armas en el templo y ayunar durante cincuenta ó sesenta dias, al cabo de los cuales le decian un grave discurso en que les esplicaban los deberes de su nueva profesion: seguíanse á esto varias ceremonias caprichosas: se le llevaba en procesion por las calles públicas, y termi-

¹ «Los grandes recibimientos que hacian á los capitanes que venian y alcanzaban la victoria en las guerras, y las fiestas y solemnidades con que se solemnizaban á manera de triunfo, que los metian en andas en su pueblo, trayendo consigo á los vencidos; y por eternizar sus hazañas se les cantaban públicamente y así quedaban memoradas, y con estatuas que les ponian en los templos.» Ibid.

naba la inauguracion con banquetes y públicos regocijos. Desde aquel momento se distinguia al nuevo caballero por ciertos privilegios y tambien por una divisa que indicaba su categoría. Es digno de notar, que semejantes honores no estaban reservados exclusivamente al mérito militar, sino que eran tambien la recompensa de servicios de otro género, como la sabiduría en los consejos, ó la sagacidad y buena fortuna en el comercio, pues que este era tenido en tan gran estimacion entre los tlaxcaltecas, como entre todos los demas pueblos de Anáhuac.¹

El templado clima de la mesa proporcionaba medios fáciles de hacer un tráfico estenso. La feracidad del suelo estaba indicada por el nombre mismo del país, pues *Tlaxcalan* significa *tierra de los sembrados*. Sus estensos valles situados á la falda de collados elevados, estaban cubiertos con las amarillas espigas del maíz y con las flores del feraz maguey, planta que, como hemos dicho, servia para tantos usos importantes. Con estos y otros productos de la industria agrícola, atravesaba el mercader la falda de las cordilleras, recorria las ardientes regiones que están al pié de ellas, y volvía despues á su país cargado

1 La descripción completa de las ceremonias de la inauguración, que según parece se refería principalmente á los caballeros mercaderes, se puede ver en el Apéndice, part. 2ª, núm. 9, donde he trascrito el correspondiente pasaje de Camargo.

de todos los dones que la naturaleza no habia concedido á éste.¹

Las varias artes de la civilización prosperaban á la par que la riqueza y bienestar públicos; á lo menos se las cultivaba tanto, aunque limitadamente, como entre los demas pueblos de Anáhuac. La lengua tlaxcalteca, dice el historiador de aquella nación, era sencilla como conviene á un pueblo que habita entre las montañas; ruda é inculta, comparada con la tetzcocana, y por tanto, poco acomodada á la composición. Pero en cuanto á las ciencias, los tlaxcaltecas marchaban á la par con sus vecinos. Su calendario estaba calcado bajo el mismo pié: su religion, su arquitectura, muchas de sus leyes y de sus usos y costumbres eran iguales, y demostraban el origen común de todos aquellos pueblos. La deidad tutelar de Tlaxcalan, era la misma feroz de los aztecas, aunque bajo diverso nombre: los templos estaban, como entre estos, empapados con la sangre de las víctimas humanas, y los banquetes servidos con los mismos manjares propios de caníbales.²

1 «Ha bel paese,» dice el Conquistador Anónimo, hablando de lo que era Tlaxcalan en tiempo de la invasión, «di pianure et motagne et é provincia popolosa et vi si raccoglie molto pane.» Relat. d'un gent. huom., ap, Ramusio, tomo III, pág. 308.

2 El historiador de Tlaxcalan ha dado una noticia exacta de las costumbres, usos y política interior de esta nación; siendo esto de gran luz para el conocimiento de las demas de Anáhuac, pues parece que todas estaban vaciadas en un mismo molde.

Aunque poco ambiciosos de conquistas extranjeras, la prosperidad de los tlaxcaltecas habia excitado desde lo antiguo la envidia de sus vecinos, y principalmente del opulento Estado de Cholula: frecuentes contiendas se trabaron entre ellos y los otros, quedando siempre la ventaja por parte de la república. En los últimos tiempos se les presentó un enemigo aun mas formidable en los aztecas, quienes no podian sobrellevar la independencia de Tlaxcalan, despues de haber hecho sentir su poder y su imperio á todos los demas Estados inmediatos á la república. En tiempo del ambicioso Axayacatl, exigieron de los tlaxcaltecas que les pagasen el mismo tributo y obediencia que las demas provincias del país; amenazándolos si se rehusaban á verificarlo, con arrasar sus ciudades hasta los cimientos, y con entregar el suelo á los enemigos de Tlaxcalan. A estas imperiosas amenazas, contestó altivamente la pequeña república: "que ni ellos ni sus antepasados habian pagado tributo ú homenaje á ningun extraño, ni lo pagarian jamás: que si se les invadia, ya sabian ellos cómo habian de defender á su patria: que derramarian ahora su sangre en defensa de la libertad, con tanta prodigalidad como sus antepasados la habian prodigado allá en lo antiguo, cuando derrotaron á los aztecas en las llanuras de Poyauhtlan."

1 Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Torquemada, op. cit., lib. 2, cap. 70.

Esta resuelta contestacion, les echó encima todas las tropas de la monarquía, que sucumbieron bajo las armas de la república en una encarnizada batalla. Desde entonces continuaron las hostilidades entre ambas naciones, con mayor ó menor actividad; pero siempre á muerte. No habia prisionero que no fuese sacrificado; desde la cuna se inspiraba á los niños un odio implacable contra los mexicanos; y en las breves treguas de las guerras no se verificó jamás entre los de una nacion y los de la otra ningun matrimonio, siendo este uno de los vínculos que ligaban y enlazaban entre sí á las tribus de Anáhuac.

En esta lucha les sirvió de grande ayuda la incorporacion de los othomis, ó como les llaman los españoles, otomíes, raza salvaje y belicosa, que al principio habitaba al norte del valle de México. Una parte de esta tribu pidió establecerse en la república y quedó desde luego incorporada á ella. Su valor y su fidelidad á la patria adoptiva les ganaron una gran confianza; de modo que las plazas fronterizas quedaron encargadas á su custodia. Las montañas que circuian el territorio tlaxcalteca, ofrecian muchas posiciones fácilmente defensibles contra cualquiera invasion; escepto por la parte oriental, donde un valle de unas seis millas de estension, favorecia la aproximacion de un enemigo; mas para impedirla, habian construido los cautos tlaxcaltecas esa formidable muralla que exitó el asombro de los españoles,

y confiándola al cuidado de una guarnición de otómies.

Después del advenimiento de Moteuczóma, hicieron los mexicanos nuevas y más serias tentativas para subyugar á sus contrarios. Habiendo llevado sus armas vencedoras, más allá de los Andes, hasta las remotas provincias de Verapaz y Nicaragua,¹ se irritaba su vanidad de la resistencia de una república cuya extensión territorial no escedía de diez leguas de ancho y quince de largo.² Moteuczóma mandó un ejército poderoso á las órdenes de su hijo predilecto; más aquel fué derrotado, y muerto éste. El rabioso y burlado monarca, aprestó otra expedición más formidable: á las tropas de los territorios inmediatos reunió las de su imperio, y con unas y otras formó un formidable ejército con el cual invadió, asolándolos, los principales valles de Tlaxcalan; más los bravos montañeses huyeron á los retiros de sus montañas, y espiando friamente el momento más oportuno, se desbordaron como un torrente sobre sus enemigos y les arrojaron con horroroso estrago, de su invadido territorio.

1 Camargo, que en su historia de Tlaxcalan, trae una noticia de todas las conquistas de Moteuczóma, es una autoridad controvertible en este punto.

2 Torquemada, op. cit., lib., 3, cap. 16. Solís dice: «el territorio de Tlaxcalan tenía cincuenta leguas de circunferencia, diez de largo de Oriente á Poniente, y cuatro de ancho de Norte á Sur. (Conquista, lib. 3, cap. 3.) ¡Linda figura geométrica, por cierto!

No obstante las ventajas que los tlaxcaltecas habían obtenido sobre sus enemigos, estos no cesaban de hostilizarles, prevaleciéndose de su superioridad en número y en riqueza. Los ejércitos aztecas estaban situados entre la república y la costa, impidiendo de esta suerte que aquella prolífera región expendiese todos los productos de su agricultura y de su industria. Por más de medio siglo carecieron de algodón, cacao y sal; bien que lejos de que les fuese penosa la privación de aquellos artículos, pasaron varias generaciones después de la conquista para que se introdujese el uso de la sal en sus manjares.¹ Cuentan que en los intervalos de paz, los nobles aztecas enviaban á los gefes de Tlaxcala esos varios artículos de comodidad, como por cortesía y generosidad. Según asegura el cronista nacional, estos comercios se hacían sin que el pueblo lo supiese, y sin menoscabar tampoco en lo más mínimo las libertades de la república, que guardó inviolablemente la rectitud de sus costumbres y el culto de sus dioses.²

1 Camargo, op. cit.

2 «Los señores mexicanos y tezcocanos en tiempo que ponían treguas por algunas temporadas, enviaban á los señores de Tlaxcalan grandes presentes y dádivas de oro, ropa y cacao, y sal, y de todas las cosas de que carecían, sin que la gente plebeya lo entendiese, y se saludaban secretamente, guardándose el decoro que se debían; más con todos estos trabajos, la orden de su república jamás se dejaba de gobernar con la rectitud de sus costumbres, guardando inviolablemente el culto de sus dioses.» Ibid.

Tal era el estado de Tlaxcalan cuando la venida de los españoles: viviendo, según parecía, precariamente á la sombra del formidable poder que amenazaba su cabeza; pero si fuerte era la república por sus recursos, todavía lo era mas por el indómito carácter de sus hijos; por su bien sentada reputacion, tanto de moderada y leal durante la paz, como de valerosa en la guerra; y finalmente, porque su espíritu de independenciam le grangeaba el respeto de sus enemigos. Con semejantes cualidades, y con su inveterada enemistad y odio implacable contra los mexicanos, fácilmente se conocerá de cuanta importancia seria para los españoles la alianza con aquella república; mas no era fácil obtenerla.¹

Los tlaxcaltecas sabian la aproximacion y carrera victoriosa de los cristianos, cuya noticia se habia difundido por toda la mesa; mas parece que no supieron con la oportuna anticipacion, que se acercaban á su territorio; por manera que les puso en grandes apuros la embajada en que les pedian permiso para transitar por el territorio de la república.² Convocóse al senado, entre cuyos miembros hubo gran

1 El cronista tlaxcalteca descubre en aquella profunda enemistad contra México, la mano de la Providencia que se valió de este medio para derribar el imperio azteca. Ibid.

2 «Si bien os acordáis, como tenemos de nuestra antigüedad, como han de venir gentes de la parte donde sale el sol, que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos, y que han de ser blancos y barbudos.» Ibid.

disidencia de opiniones. Algunos, siguiendo las tradiciones populares, opinaban que los españoles eran los hombres blancos y barbudos que les habian predicho sus oráculos; pero quienes quiera que fuesen, eran enemigos de México, y por lo tanto, podian servirles de ayuda en su lucha contra este imperio. Otros intentaban probar que los extranjeros nada tenian de comun con ellos, puesto que en su travesía habian derribado los ídolos y profanado los templos. ¿Cómo han sabido que somos enemigos de Moteuczoma? ¿Por qué han oido á sus embajadores, recibido sus dádivas y se dirigen ahora en compañía de sus vasallos, hácia su capital? Tales eran las reflexiones de un anciano señor, uno de los cuatro que presidian la república, llamado Xicotencatl. Era casi ciego y habia vivido, según él mismo decia, mas de un siglo.¹ Su hijo, un jóven impetuoso, de su mismo nombre, mandaba á la sazón un ejército poderoso de tlaxcaltecas y otómies, cerca de la frontera oriental. El anciano opinaba que lo mejor seria caer de un golpe sobre los españoles, con este ejército: si el éxito era feliz, quedarian aquellos en su poder; si desgraciado, la república podia desconocer aquel acto, reputándolo por del general, mas no de

1 A la prodigiosa edad de ciento cuarenta, si habiamos de dar fé á Camargo. Solís, que confunde á este con su hijo, ha puesto en boca de este último una florida arenga, que seria una esquisita muestra de elocuencia, á no ser castellana. Conquista, lib. 2, cap. 16.